



SOPA DE LIBROS

*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y actividades
que está a disposición del profesorado en nuestra web.*

Título original: *Papá canibal*
Publicado por Edicións Xerais en 2021

© Del texto: Antonio M. Fraga, 2021, 2024
© De las ilustraciones: Santy Gutiérrez, 2021, 2024
© De la traducción: María Jesús Fernández, 2024
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

1.ª edición, febrero 2024

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-143-3700-4
Depósito legal: M-33910-2023
Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido
por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además
de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para
quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente,
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación,
interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte
o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Papá caníbal

SOPA DE LIBROS

Antonio M. Fraga

Papá caníbal

Ilustraciones
de Santy Gutiérrez

Traducción de María Jesús Fernández

ANAYA



*Todo lo que hay en esta sala es comestible.
Incluso yo lo soy. Pero eso sería canibalismo,
queridos niños y niñas, y está mal visto
en la mayoría de las sociedades.*

WILLY WONKA

FEDORA

Mi nombre es... Fedora Arias.

Disculpe, señor inspector, es que estoy muy nerviosa. Hablaré más alto. Digo que me llamo Fedora. Soy la hija de Paulino, el de Funer-Arias, el nuevo negocio de pompas fúnebres que ha abierto hace poco en Sesgaña. Todo lo acontecido durante esta noche de Samaín es culpa mía y solo mía, señor inspector. He sido yo la que inventó el asunto ese del canibalismo. Pero ni mi padre ni yo somos caníbales. ¡Puede creerme! Solo era una broma que se me fue de las manos.

Todo tiene una explicación, aunque ahora le cueste creerlo. Me imagino que estará usted deseando volver a la cama,

Fedora



con ese gripazo que tiene encima. Pero le pido un poquito de paciencia. Es importante que escuche mi historia desde el principio.

Verá: el verano pasado Paulino y yo nos mudamos a Sesgaña. Antes vivíamos en Tordollobre, al otro lado de la ría. Tordollobre se está quedando sin habitantes y, al haber menos vivos, hay también menos muertos, algo muy malo para el negocio de las pompas fúnebres.

Mamá ya se había marchado de Tordollobre dos años antes que nosotros. Fue después del divorcio. Un día, mis padres me dijeron muy serios que ya no estaban enamorados. Se llevan muy bien, no piense lo contrario. Los dos son gente muy maja. Solo que decidieron «caminar cada uno por su lado», como muy bien me explicó Paulino. Ahora mi madre vive en la ciudad y trabaja de médica forense en un hospital.

Paulino y yo, en cambio, nos mudamos para un sitio más cerca. Algunos como usted, que no es de esta zona, pueden pensar

que cambiar Tordollobre por Sesgaña es una mudanza insignificante. A fin de cuentas, solo es cruzar un puente. Sin embargo, por aquí sabemos que son dos mundos muy distintos.

En Tordollobre yo iba a una escuela pequeña. Los niños y niñas de distintas edades compartíamos aula. Todos nos conocíamos y todos éramos amigos. Los mayores ayudaban a los más pequeños en sus tareas y, en el recreo, jugábamos todos juntos.

Aquí, en la villa, es diferente. Lo noté ya el primer día. Cuando le oí decir a una compañera que en nuestra clase había pocos «niños normales». Para que se haga una idea, por «normales» se refería a los que no eran gordos, ni bajitos, ni tenían la piel oscura, ni vestían ropa barata, ni hablaban con la zeta, ni a los que, como yo, habíamos venido de otros lugares. Curiosamente, los «no normales» éramos catorce, mientras que los «normales» eran solo cuatro. Así que no entiendo muy bien qué significa eso de

ser normal. Claro que yo solo tengo diez años. A lo mejor cuando sea adulta podré llegar a comprenderlo.

Algunos de mis compañeros se burlaron de mí desde el primer día. Yo era la nueva. Una niña flacucha, de piernas torcidas, pelo naranja, pecas en la cara y nombre extraño. El nombre fue lo que más les llamó la atención. Yo adoro mi nombre porque es diferente. No conozco a ninguna otra niña que se llame igual que yo. Mis padres me pusieron Fedora por su significado. Según me dijeron, quiere decir «regalo de Dios». Eso es lo que yo fui para ellos, porque llegué cuando ya no me esperaban. Sin embargo, a algunos de mis compañeros este nombre les hizo mucha gracia. Empezaron llamándome Fedorenta, apodo que enseguida derivó en Hedora, Hedionda, Fétida y otras variantes crueles.

El asunto del nombre causó las primeras burlas. Por desgracia, no serían las últimas. Enseguida pasaron a reírse también de mis jerséis. A mi madre le gusta mucho

calcetar. Cuando viene a visitarme, rara es la vez que no me trae un jersey nuevo. ¡Es una *crack* dándole a las agujas! En la escuelita de Tordollobre, mis jerséis causaban sensación. Todos esperaban impacientes el estreno de los nuevos diseños. Yo se lo anunciaba muy ceremoniosamente unos días antes: «Mi madre está acabando un nuevo jersey». Así, en otoño me presentaba toda ufana con un diseño de hojas volando en un bosque. En invierno lucía jerséis que recreaban paisajes nevados, con las chimeneas de las casitas echando humo. Y por Carnavales iba a la escuela con la máscara de un peliqueiro calcetada en el pecho.

Esos jerséis, que tanta admiración causaban en Tordollobre, no tuvieron el mismo éxito en Sesgaña. Aquí fueron considerados ridículos, estrafalarios y un tanto infantiles. ¿Cómo no van a ser infantiles si solo tengo diez años? De modo que lo que hasta poco tiempo antes me llenaba de orgullo, pasó a provocarme mucha vergüenza.

Pero no piense que todos los de mi clase han sido crueles conmigo. También hubo quien se portó muy bien. ¡Pétalo, el que más! Pétalo es mi compañero de mesa y mi mejor amigo en Sesgaña. Es hijo de la pareja de *hippies* que vende pulseras, ropa de colores e incienso en la plaza del Chafariz. Como yo, Pétalo tiene un nombre raro y la ropa que viste es diferente a la del resto de los chavales. Además, está un poco gordito, por lo que recibe también las burlas de los abusones del colegio. Tal vez por eso nos hemos hecho tan buenos amigos. Pétalo es un niño genial. Solo tiene un defecto: ¡es un miedica de campeonato! Se asusta hasta de su propia sombra, se lo digo en serio...

De entre todos los compañeros que se metieron conmigo este curso, tengo que destacar a uno: Xulio Vinagre. Sí, es el grandullón al que mordí en la plaza, pero insisto en que todo tiene una explicación. Durante estos primeros meses de curso, Xulio hizo honor a su apellido, pues se dedicó a avinagrarme, un día sí y otro también.



Primero empezó riéndose de mi aspecto. Para él, que siempre viste ropa nueva y de marcas carísimas, los jerséis de mamá eran de lo más ridículo. También se rio del color de mi pelo, de mis pecas, de mi nombre... Yo, la niña nueva, callada y poquita cosa, resultaba el objeto ideal para sus ataques, que una parte del aula celebraba con regocijo y la otra fingía ignorar por miedo.

Por desgracia, no tuvo suficiente con reírse de mí. Yo suelo llevar a la escuela un bocadillo para comerlo en el recreo. Generalmente es de queso con membrillo, mi preferido. Lo llevo en una bolsita de tela de cuadros que me regaló mi madre, acompañado de un botellín de agua para que me baje mejor por la garganta. El Vinagre, al darse cuenta de que sus burlas cada vez me afectaban menos, comenzó a robarme el bocadillo. ¡Y ni siquiera se ocultaba para hacerlo! En cuanto salíamos al patio en el recreo, se acercaba a mí y me lo quitaba de un tirón. Como me tenía amenazada con pegarme si lo delataba, nunca me atreví a contárselo a Mariña, nuestra maestra.

Intenté, no obstante, varias estratagemas para proteger mi bocadillo. Primero probé a mezclar sabores imposibles: chorizo con chocolate, atún con jamón, fabada con queso... ¡Resultó inútil! El Vinagre puede que tenga todos los defectos del mundo, pero no es nada delicado para la comida. ¡Se metía en la panza todo lo que yo llevaba!

Probé entonces a echar en el bocadillo una buena cantidad de sal. Tampoco funcionó. El abusón se pasaba el día bebiendo como un camello sediento, pero igualmente se tragaba enterito el bocata.

¡Viendo mis fallos, se me ocurrió la estrategia definitiva! Muy temprano, antes de salir para el colegio, cogí del armarito de las medicinas un frasco del laxante que usa mi padre. Al pobre Paulino le cuesta un horror ir al baño, y algunas veces tiene que echar mano de ese remedio. Esa mañana rellené bien el bocadillo con queso y membrillo. Quería que tuviera una pinta muy apetecible para que el Vinagre se lo papease enterito. Después sembré el membrillo con gotas de laxante, todo a lo largo del pan. Lo guardé en la bolsa de tela y, como cada mañana, me dirigí a la escuela por la calle de la Estación. Pero ese día, por primera vez, no iba triste ni encogida, sino luciendo una sonrisa de oreja a oreja. Cuando Pétalo me vio, quiso saber la causa de mi contento.

—¿No lo sabes? Hoy abren las compuertas de la presa del río Emué —mentí para no meter en un lío a mi amigo—. ¡Se esperan grandes caudales líquidos a lo largo de la jornada!

Pétalo me miró como si estuviese loca, pero no dijo nada. Después de unos meses de amistad ya empezaba a acostumbrarse a mis rarezas. A la hora del recreo, tal y como había planeado, el Vinagre se acercó a mí y me arrebató de un tirón la bolsa del bocadillo. Metió la mano y sacó el pan relleno de queso y membrillo.

—¡Ostras! Mi preferido —se rio ufano—. Muchas gracias, Fétida.

Y, como si de un muerto de hambre se tratase, engulló el bocadillo a grandes bocados. No tardó ni medio minuto en echárselo a la panza. Yo observaba la escena con curiosidad, pero intentando ocultar mi satisfacción.

—¡Qué bueno estaba! —sentenció el Vinagre, limpiándose la boca con la manga de la sudadera—. A ver si mañana me lo traes de jamón.

Y, dicho esto, dio media vuelta y se puso a caminar por el patio, buscando una nueva víctima a la que molestar. No había dado ni media docena de pasos cuando un retortijón hizo que se doblase hacia delante. El Vinagre se echó las manos a la barriga, tratando de calmar el dolor. Después, salió disparado como un rayo hacia el edificio del colegio. Intentando adelantar trabajo, se desabrochó el pantalón mientras corría, con tan mala suerte que se le escurrió hasta los tobillos; entonces tropezó y se cayó de morros.

Le ahorraré los detalles asquerosos, señor inspector. Será suficiente con decirle que el Vinagre no pudo llegar a tiempo al baño. Sin embargo, no vaya a pensar que a partir de entonces dejó de molestarme. ¡Ojalá hubiera sido así! Continuó de la misma manera, robándome diariamente el bocadillo, aunque solo fuera para dárselo a las gaviotas del muelle.

